

## 8. LA RELIGIÓN, LAS RELIGIONES

Hay muchas religiones en el mundo. Tantas religiones, tantos caminos. Pero todo el mundo piensa que solo su fe es la correcta, ¡que solo su reloj da la hora correcta! Pero, aunque los demás relojes no marquen bien la hora, ¡el sol desde luego da la hora correcta! Hay que corregir todos los relojes en función de él. (Ramakrishna Paramahansa)

Íntimamente unido a la religión está el concepto de «sagrado». Pero ¿qué es lo sagrado? Según Seyyed Hossein Nasr:

Quizá la manera más directa de aproximarnos al significado de lo sagrado es referirlo a lo Inmutable, a esa Realidad que es tanto el motor inmóvil como lo eterno. Esa Realidad que es inmutable y eterna es lo sagrado como tal, y la manifestación de esa Realidad en la corriente del devenir y la matriz del tiempo es aquello que posee la cualidad de sacralidad.

La fuente de la religión es el mito; su lenguaje básico es el simbolismo. El mundo contemporáneo, con una mentalidad sumamente utilitarista, pretende muy a menudo interpretar el mito literalmente, como un lenguaje de hechos concretos y tangibles en este mundo —el único lenguaje que se supone que tiene sentido—. Desde este punto de vista, el mito y el simbolismo no son sino «fábulas» para pueblos crédulos. ... Sin embargo, «en las sociedades en que el mito está aún vivo, los indígenas distinguen cuidadosamente los mitos —“historias verdaderas”— de las fábulas o cuentos, que llaman “historias falsas”».

El mito condiciona profundamente nuestra visión del mundo. De una forma u otra, el mito es algo ineludible. Según Wolfgang Smith, «los ateos y los iconoclastas tienen sus propios mitos. No solo los sabios, sino también los necios, viven en última instancia del mito».

La religión se dirige al hombre común tal como es, tal como se encuentra en la sociedad, y debe adaptarse a su naturaleza y circunstancias. Es por esto que adopta un tono sentimental y, a menudo, incluso ingenuo. Su función es encauzar los actos de los seres humanos dirigiendo su mirada hacia lo trascendente. Esta es la razón de que se autolimita: como un río que solo puede fluir si está limitado por sus orillas.

Las instituciones religiosas deben tener en cuenta estas cosas, y están ellas mismas compuestas por personas que responden en gran parte a estas características. Pero, en la medida en que sus inevitables opacidades dejen translucir un poco de la luz original, puede considerarse que están justificadas. La religión institucionalizada o exotérica (asequible a todo el mundo) trata de que la mayoría se comporte de forma más o menos correcta y tenga un atisbo del Espíritu.

En toda religión hay dos partes: una exterior y otra interior. La exterior se dirige a todo el mundo, la interior solo a quienes aspiren a avanzar por el camino espiritual. La parte exterior ofrece una visión espiritual del mundo más o menos simplificada (mitología, dogmas...); trata asimismo de la moral, los deberes individuales y sociales, los rituales, los festivales, las formas religiosas, etc. La parte interior trata con el así llamado

misticismo, la espiritualidad, el camino interior.

El esoterismo no es algo «secreto» que se niegue a la mayoría, sino un camino que se abre para quien se hace digno de él.

John Smith el Platónico:

Si Él hablara en el lenguaje de la eternidad, ¿quién podría comprenderle o interpretar sus palabras? O si nos hubiera proclamado su verdad solo en la manera de la abstracción más pura de que el hombre es capaz, ¿cómo entonces los hombres más rudos e iletrados habrían podido entenderla? La verdad se contenta, cuando entra en el mundo, con llevar nuestros mantos, aprender nuestra lengua, para adecuarse, como si dijéramos, a nuestros usos y costumbres.

La historia de las religiones ha sido testigo de la tensión, que a veces deviene en lucha, entre la «letra» y el «espíritu»: «La letra mata, mas el espíritu vivifica», decía san Pablo. La religión necesita fijar sus doctrinas y enseñanzas, sin lo cual se disolvería y desaparecería rápidamente; sin embargo, esta fijación a menudo la vuelve rígida y sin vida.

Para los pueblos antiguos casi toda actividad era ritual. Comer, dormir, cazar, cultivar la tierra, jugar, mantener relaciones sexuales... todo se realizaba siguiendo los modelos arquetípicos que los dioses o los antepasados habían revelado a los hombres. El *Shatapatha Bráhmana*, que expone el ritual védico, dice: «Debemos hacer lo que los dioses hicieron al principio». Mediante la ritualización de las acciones estas adquieren una dimensión vertical que las saca del tiempo y el espacio «profano».

Ramakrishna decía:

Para obtener una cosecha debemos necesariamente sembrar el grano con la cáscara. Del mismo modo, son necesarios los ritos y las ceremonias para el desarrollo y perpetuación de una religión. Son los receptáculos que contienen el núcleo de la verdad y, en consecuencia, todos los hombres deben realizarlos antes de alcanzar la verdad central. [...] La ostra que contiene la perla preciosa es en sí misma de muy poco valor, pero es esencial para el crecimiento de la perla. Sin embargo, para aquel que ha obtenido la perla, la concha no tiene ninguna utilidad.

El principal propósito de los ritos es llevar al recuerdo de Dios. Para Al-Alawí:

El recuerdo es la regla más grande de la religión. [...] La ley no nos ha sido prescrita, ni los ritos del culto ordenados sino para establecer el recuerdo de Dios.

Agustín Pániker:

Sea *eso* [la religión] lo que cada uno considere que es, la religión parece capaz de lo mejor y de lo peor. En su nombre se han cometido genocidios culturales, guerras santas, sangrientos atentados, torturas infames o sacrificios animales; y bajo sus auspicios se han construido civilizaciones, obras de arte sublimes y fuentes de sabiduría inigualables. La religión tiene que ver con la violencia y con la paz. Para algunos, es lo más precioso de sus vidas. Para otros, cuanto antes nos desembaracemos de esa lacra, mejor. Las religiones pueden apoyar las jerarquías

establecidas, pero también incitar a la rebelión. Las religiones pueden devenir inmundos negocios, pero también fuentes de caridad y ayuda al necesitado.

Para Ramakrishna:

¿Por qué degenera la religión? El agua de lluvia es pura, pero cuando toca la tierra se ensucia debido al medio por donde pasa. Si los techos, las cañerías y los canales están sucios, el agua que pasa por ellos tiene que ser forzosamente turbia.

Muy a menudo los conflictos llamados «religiosos» se dan entre comunidades vecinas, que pueden tener o no la misma religión, lenguaje, etc. Tener otra religión exagera las diferencias, pero compartir la misma religión tampoco evita los conflictos. La religión ha sido utilizada como señal de identidad, como barra de demarcación entre un «ellos» y un «nosotros», y, por lo tanto, como excusa para la guerra, enmascarando a menudo motivos más oscuros. El siglo XX ha mostrado claramente que, con religión o sin ella, los hombres se masacran mutuamente.

Los males visibles de la religión ocultan a menudo sus beneficios. Sabemos cómo es una sociedad donde la religión está presente, pero ¿podemos saber cómo sería un mundo sin religión? ¿Acaso, sin una religión para encauzarlas mínimamente, no se desatarían las pasiones humanas? Las sociedades desacralizadas occidentales siguen siendo deudoras de su pasado cristiano. Eso hace que, aún hoy, el nivel ético sea aceptable. Pero, con el paso de las generaciones, esta influencia se debilitará cada vez más, haciendo caer muchas barreras y escrúpulos. Es fácil hacer un inventario de todos los males que ha causado la religión, pero ¿cuál sería el balance de 20 o 30 siglos de una civilización atea?

El mal es mucho más visible que el bien. Los males que ha producido la religión han sido enumerados por la crítica de los últimos siglos; sin embargo, ¿cuánta gente se ha beneficiado de una vida religiosa? Por cada malvado que ha utilizado la religión para pasiones poco religiosas, ¿no hay muchísimas más personas que han obtenido de ella un sentido claro para su vida, una gran paz mental, una vida cotidiana noble, digna y virtuosa?

De manera similar, ¿no se podría culpar a la política de miles de males? ¿No ha creado la ciencia armas increíblemente mortíferas? La política, la ciencia, la religión, son actividades humanas con sus luces y sus inevitables sombras. No se puede pretender erradicar estas actividades humanas naturales —que inevitablemente resurgirían bajo otras formas— para evitar los males que traen consigo; se trata de intentar practicar buena política, buena ciencia, buena religión.

Castellio escribe estas elocuentes palabras:

Si vos, ilustre Príncipe, hubieseis comunicado a vuestros súbditos que los visitaríais en fecha no indicada y requerido que se pusieran vestiduras blancas para recibirlos, ¿qué haríais si a vuestra llegada vieséis que, en vez de vestirse de blanco, habían pasado el tiempo en violento debate acerca de vuestra persona —insistiendo algunos en que estabais en Francia, otros que en España; declarando unos que llegaríais a caballo, otros que en carroza; sosteniendo unos que llegaríais con gran pompa y

otros que lo haríais sin séquito alguno? Y especialmente ¿qué diríais si los vieseis disputar no solo con palabras, sino con los puños y las espadas, y si algunos lograran matar y destruir a otros que diferían de ellos? «Vendrá a caballo». «No, vendrá en carroza». «Mientes». «No; el mentiroso eres tú». «Toma esto» (un puñetazo). «Toma esto» (una espada clavada en el cuerpo). Príncipe, ¿qué pensaríais de tales ciudadanos? Cristo nos pidió que nos pusiéramos las blancas vestiduras de una vida pura y santa, pero ¿qué ocupa nuestros pensamientos? Disputamos no solo sobre el camino hacia Cristo sino sobre su relación con Dios Padre, sobre la Trinidad, la predestinación, el libre albedrío, la naturaleza de Dios y de los ángeles, la condición del alma después de la muerte; sobre una multitud de materias que no son esenciales para la salvación: materias, además, que no podrán ser sabidas hasta que nuestro corazón sea puro, pues son cosas que deben percibirse espiritualmente.

En una conferencia pronunciada en Los Angeles en 1900, Swami Vivekananda observaba:

Supón que Jesús de Nazaret estuviera predicando, y que un hombre viniera y le dijera: «Lo que enseñas es muy hermoso. Creo que es el camino para la perfección, y estoy dispuesto a seguirlo; pero no estoy dispuesto a adorarte como el Hijo único de Dios». ¿Cuál hubiera sido la respuesta de Jesús de Nazaret? «Muy bien, hermano, sigue el ideal y avanza a tu manera. No me importa que me reconozcas como el autor de la enseñanza o no. No soy un mercader, no comercio con la religión. Solo enseño la verdad, y la verdad no es propiedad de nadie. Nadie puede patentar la verdad. La verdad es Dios mismo. Adelante». Pero lo que sus discípulos dicen hoy en día es: «No importa si practicas las enseñanzas o no, ¿das crédito al hombre? Si das crédito al maestro, serás salvado; si no, no hay salvación para ti». Y así, toda la enseñanza del maestro degenera, y toda lucha y esfuerzo tiene por objeto la personalidad del hombre.

Oponiéndose al mundo moderno —pero con una mentalidad muy afectada por ese mismo mundo—, (el fundamentalismo) propone una sociedad dominada por la religión, entendida de forma muy superficial y casi exclusivamente social. El fundamentalismo es, sobre todo, un movimiento de carácter político, étnico y nacionalista. En una alocución al Consejo de Seguridad de la ONU, Scott Atran dijo:

La idea popular de un «choque de civilizaciones» entre Occidente y el islam es terriblemente engañosa. El extremismo violento no representa el renacer de las culturas tradicionales, sino su colapso. Muchos jóvenes desligados de las tradiciones milenarias se debaten en busca de una identidad social que les otorgue significado personal y gloria.

Según el Corán, la existencia de muchas religiones es deseo expreso de Dios:

Cada comunidad tiene un enviado. [...] Sobre algunos de ellos te hemos hablado previamente, sobre otros no. [...] A cada comunidad hemos dado una norma y una vía. Dios, si hubiera querido, habría hecho de vosotros [toda la humanidad] una sola comunidad [de una sola religión], pero quería probaros en lo que os dio. ¡Rivalizad en buenas obras! El objetivo de todos vosotros es Dios; Él os mostrará la verdad de las cosas en las que discrepáis.

John Hick habla de una revolución copernicana en la teología cristiana, comparando la situación actual con el cambio del sistema ptolemaico al copernicano: la Tierra —y

nuestra propia religión— ya no está en el centro del universo. Hick observa que, al igual que cuando se intentaba preservar el sistema ptolemaico añadiendo distintos epiciclos para que cuadrara con los hechos, la doctrina oficial cristiana ha ido añadiendo modificaciones secundarias sobre su consideración de las demás religiones, las cuales no sirven sino para retrasar el momento en que la verdad deberá ser aceptada:

La revolución copernicana en astronomía consistió en una transformación de la manera en que los hombres comprendían el universo y su propia localización en él. Supuso el abandono del dogma de que la Tierra está en el centro del universo, que gira en torno a ella, para aceptar la idea de que es el Sol el que está en el centro, mientras todos los planetas, incluyendo nuestra Tierra, giran alrededor de él. Y la necesaria revolución copernicana en teología supone una transformación igualmente radical en nuestra concepción del universo de las religiones y el lugar de la nuestra en él. Supone un abandono del dogma de que es el cristianismo lo que está en el centro para aceptar la idea de que es *Dios* quien está en el centro, y que todas las religiones humanas, incluyendo la nuestra, le sirven y giran en torno a él.

Como Ashoka, Swami Prabhavananda observa que lo importante no son las doctrinas sino el crecimiento interior de los fieles de cada religión.

«Por sus frutos los conoceréis», dijo Jesús. Y san Pablo enumeró estos frutos así: «amor, alegría, paz, paciencia, dulzura, bondad, fe, mansedumbre, templanza». Ashoka, el gran emperador de la India y fundador del canon budista, grabó en piedra estos frutos: «compasión, generosidad, verdad, pureza, dulzura, paz, felicidad, santidad, dominio de sí».

La Verdad Última tiene infinitos aspectos y hay muchas maneras de aproximarse a ella. Cada forma tiene un gran valor como reflejo de la verdad informal, pero nunca podrá abarcarla. En el reino de las formas la unidad es imposible. Las distintas religiones solo poseen una unidad en la transcendencia, en el «lugar» en que toda forma ha sido superada. Este es el «lugar» hacia el que apuntan las diferentes tradiciones, pero ninguna de ellas puede proclamarse su dueña. La unidad de las religiones solo puede existir en el Absoluto, que supera toda delimitación y descripción, en la Divinidad de la teología negativa o apofática a la que ningún concepto ni imagen pueden aplicársele. En el mundo de las formas, en el reino de la multiplicidad y la relatividad, las distintas religiones nunca serán una: son complementarias.

La diosa Isis (por boca de Apuleyo): «Mi divinidad es adorada en todo el mundo, de diversas maneras, con costumbres variables, y bajo múltiples nombres». El *Rig Veda*: «La verdad es una, los sabios le dan muchos nombres». Y la *Bhagavad Gita*: «Muchos son los caminos de los hombres, pero todos al final llegan a Mí».

La aceptación del hecho de que las grandes religiones son todas válidas ha llevado a defender una idea de unidad débil y muy difuminada: la que afirma que todas las religiones dicen lo mismo. Esto ha hecho surgir el «indiferentismo» (da igual qué religión se siga, mientras no se tome muy en serio) y la «religión a la carta» (como todas las religiones son iguales, me haré mi religión tomando de cada una lo que más me guste). Pero se olvida que cada religión es una unidad orgánica y que sus piezas no son

intercambiables, pues solo tienen sentido dentro de un todo. Cada tradición religiosa posee una visión espiritual enraizada en un mundo simbólico concreto que no se puede mezclar con otros sin que pierda su sentido.

¿Cómo explicar racionalmente, sin admitir ninguna dimensión superior, la inmensa influencia que tuvieron los textos sagrados y los fundadores de religiones? Una influencia que, tras ser la causa principal de la creación de civilizaciones enteras, continúa tras muchos siglos e incluso milenios. ¿Qué otras personas y textos han podido hacer algo parecido?

Según Huston Smith:

La revelación ha determinado la historia más que cualquier otra fuerza excepto la tecnología. Se puede discutir si las revelaciones provienen de Dios o del más profundo inconsciente de los genios espirituales, pero su firma es, invariablemente, poder. Las incursiones periódicas —podríamos llamarlas explosiones— de este poder en la historia son las que han creado las grandes religiones del mundo y, por extensión, las civilizaciones que estas han producido. Su dinamita es la noticia de otro mundo. La revelación siempre habla de un orden de existencia separado (pero no lejano) que relativiza y ensalza simultáneamente el mundo que conocemos.

Según Freud, que dedicó muchos esfuerzos a estudiar el tema, Dios es una ilusión basada en la necesidad infantil de una figura paterna poderosa; la religión es comparable a una neurosis: «La religión es una ilusión, y deriva su fuerza del hecho de que está en consonancia con nuestros deseos instintivos».

Las explicaciones de Freud han sido muy criticadas. Pero ha habido más. Según Mario Beauregard y Denyse O’Leary:

Los psiquiatras de principios del siglo XX sugirieron que la religión surgía del deseo de una figura paterna o de un deseo inconsciente de evitar la muerte. Esas explicaciones eran intentos plausibles para explicar la espiritualidad aunque, por su propia naturaleza, eran imposibles de contrastar. También tendían a ser eurocéntricas, asumiendo que el panorama del cristianismo europeo y el judaísmo era representativo de la religión en todas partes. Desafortunadamente, el progreso de la ciencia, en lugar de proyectar luz sobre el tema, ha llevado hoy a una serie de explicaciones menos plausibles. Las explicaciones actuales han degenerado en nociones que a veces rayan en lo frívolo, como la supuesta ventaja evolutiva de las personas religiosas, las teotoxinas (productos químicos venenosos en el cerebro), daños en el cerebro, los memes, un gen de Dios o un punto de Dios en el cerebro.

Karen Armstrong:

Se nos instruía sobre Dios aproximadamente al mismo tiempo en que se nos hablaba de Papá Noel. Pero mientras nuestra comprensión del fenómeno Papá Noel evolucionaba y maduraba, nuestra teología seguía siendo un tanto infantil. Nada tiene de sorprendente que, cuando alcanzamos la madurez intelectual, muchos rechazásemos al Dios heredado y negásemos su existencia. [...] Los líderes religiosos gastan a menudo más tiempo imponiendo la conformidad doctrinal que concibiendo una práctica espiritual que convierta estas «creencias» oficiales en una realidad viva en la vida diaria de los fieles. [...] Esto patentiza de forma clara nuestra comprensión

moderna de la religión como algo que pensamos más que como algo que hacemos.

Plutarco cuenta cómo, en su época, la religión egipcia había degenerado en formas ridículas y había engendrado «una peligrosa creencia que sume a las mentes simples y débiles en una completa superstición, mientras que a las mentes más agresivas y audaces las hace caer en el descreimiento».

Nos encontramos en un momento axial donde, por un lado, una nueva visión espiritual parece luchar por nacer mientras, por otro lado, la gran mayoría de la población parece pensar que todo va bien si la economía va bien.

El gran vacío que ha dejado el cristianismo está intentando ser aprovechado desde muchos frentes. Pero una tradición religiosa no se improvisa: las religiones no se inventan. El mundo moderno (y no solo en Occidente) se encuentra invadido por todo tipo de pseudoespiritualidades, unas de nuevo cuño, otras resultado de distorsiones y mutaciones más o menos aberrantes de auténticas tradiciones.

El auténtico misticismo está basado en la práctica, no en la teoría. Sin embargo, necesita una teoría bien fundada, un «mapa» que nos impida perdernos, y este mapa solo una tradición religiosa auténtica puede ofrecerlo. Todo esoterismo auténtico necesita estar enraizado —al menos en esencia— en una tradición: aquí los inventos e intuiciones de determinados individuos, por muy brillantes que sean, no valen.

No basta, pues, con «creer» en «Dios». Angelus Silesius advertía: «Cristo puede nacer mil veces en Belén, pero si no nace de nuevo en tu propio corazón, permanecerás eternamente abandonado». Y William Law:

Un Cristo que no esté en nosotros es lo mismo que un Cristo no nuestro. Si estamos solamente con Cristo para recibir y poseer la historia de su nacimiento, persona y carácter, si esto es todo lo que tenemos de Él, estamos tan sin Él, tan dejados a nosotros mismos, tan poco ayudados por Él, como esos espíritus del mal que gritaban: «Sabemos quién eres, el santo de Dios».